

CARSON  
McCULLERS

Frankie y la boda



Frankie y la boda es el relato de las ilusiones y decepción de una niña de doce años ante la boda de su hermano mayor, un finísimo análisis de la crisis de la entrada a la pubertad, aguzada en este caso hasta la exasperación por la idea del matrimonio de quien, después de haber sido para ella un compañero, se ha convertido sucesivamente en un soldado, destacado en un puesto lejano e iniciado en un sistema de intereses propio, y en un hombre que, al casarse, va a entrar definitivamente en la esfera de los mayores.

*Para Elizabeth Ames*

## *Primera Parte*

Sucedió aquel verde y loco verano, cuando Frankie tenía doce años. Un verano en el que ella no había pertenecido a nada. No había pertenecido a ningún club ni a nada en este mundo. Un verano en el que Frankie se transformó en un ser retraído y temeroso que pasaba su tiempo en el vano de la puerta. En junio los árboles eran de un verde vibrante, pero después las hojas se oscurecieron, y el pueblo se tornó negro y reseco bajo el resplandor del sol. Al principio, Frankie daba vueltas por ahí, haciendo una que otra cosa. Muy temprano por la mañana, y también por la noche, las aceras del pueblo se veían grises, pero, a mediodía, el sol las barnizaba y el pavimento ardía y relumbraba como si fuese de cristal. Por último las aceras se hicieron demasiado ardientes para los pies de Frankie y, además, ella comenzó a sentirse inquieta. Su secreta perturbación era tan violenta que le pareció mejor quedarse en casa —y en casa solo estaban Berenice Sadie Brown y John Henry West—. Los tres se sentaban junto a la mesa de la cocina repitiendo una y otra vez las mismas cosas, hasta el punto, de que, durante el mes de agosto, las palabras comenzaron a rimar unas con otras y adquirieron una extraña resonancia. El mundo parecía morir todas las tardes y todo se volvía aparentemente inmóvil. Para decirlo de una vez, el verano era como un verde sueño febril, o como una silenciosa y enloquecida jungla de invernadero. Y entonces, el último viernes de agosto, todo cambió: fue algo tan imprevisto que Frankie se concentró en ello durante toda aquella confusa tarde, y sin embargo, no logró comprender nada.

—Es muy extraño —dijo—; cómo ha sucedido todo esto.

—¿Sucedido? ¿Sucedido? —replicó Berenice.

John Henry las escuchaba y observaba en silencio.

—Nunca me había sentido tan desconcertada.

—¿Desconcertada, por qué?

—Por todo esto —dijo Frankie.

—Creo que el sol te ha achicharrado los sesos —comentó Berenice.

—Yo también lo creo —murmuró John Henry con voz casi inaudible.

La propia Frankie estaba al borde de creerlo. Eran las cuatro de la tarde y la cuadrada cocina estaba gris y tranquila. Frankie, sentada a la mesa, con los ojos semicerrados, pensaba en la boda. Veía una iglesia silenciosa y una insólita nieve cayendo oblicua sobre las ventanas de vidrio coloreado. El novio de aquella boda era su hermano; pero donde debía estar su cara solo había una mancha luminosa. La novia estaba allí, vestía un traje blanco con una larga cola y tampoco tenía rostro. En esa boda había algo que producía en Frankie una sensación indefinible.

—Mírame —dijo Berenice—. ¿Estás celosa?

—¿Celosa?

—Celosa porque tu hermano va a casarse.

—No —dijo Frankie—. Lo que pasa es que nunca he conocido a dos personas como ellos. Sentí algo muy extraño al verlos entrar hoy en casa.

—Estás celosa —dijo Berenice—. Ve y mírate al espejo. Lo veo en el color de tus ojos.

Un turbio espejo colgaba sobre el fregadero. Frankie se miró en él, pero sus ojos seguían siendo grises como siempre. Aquel verano había crecido tanto, que casi parecía un fenómeno con sus hombros estrechos y sus piernas demasiado largas. Llevaba pantalones cortos, negros; una camiseta B.V.D. e iba descalza. Le habían cortado el pelo a lo chico pero hacía tanto tiempo de eso, que apenas se le veía la raya. Su imagen en el espejo era torcida y distorsionada; a pesar de todo, Frankie sabía de sobra cuál era su

aspecto; levantó el hombro izquierdo y volvió la cabeza a un lado.

—Oh —dijo—, son los seres más hermosos que he visto en mi vida. Pero no puedo imaginarme cómo sucedió todo.

—¿Qué es lo que no puedes imaginarte, tonta? —dijo Berenice—. Tu hermano trajo a casa a la chica con la que piensa casarse, y hoy han comido contigo y con tu padre. Se casarán en casa de la chica, en Winter Hill, el próximo domingo. Tú y tu padre iréis a la boda. Y esa es de pe a pa toda la cuestión. ¿Qué es lo que te preocupa?

—No sé —dijo Frankie—. Apuesto que lo pasan bien cada minuto del día.

—Pasémoslo bien nosotros —dijo John Henry.

—¿Pasarlo bien, nosotros? —preguntó Frankie—. ¿Nosotros?

Los tres se sentaron a la mesa y Berenice repartió las cartas para jugar al *bridge* entre los tres. Berenice había sido la cocinera desde los tiempos más lejanos que Frankie podía recordar. Era muy negra, de hombros anchos y baja estatura. Siempre decía que tenía treinta y cinco años, al menos lo había estado diciendo durante los últimos tres años. Llevaba el pelo con raya al medio, trenzado, engrasado y pegado al cráneo; su rostro era amplio y sereno. En Berenice solo había una cosa fuera de lugar: su ojo izquierdo era de un brillante cristal color azul. Miraba con fijeza y ferocidad desde su rostro tranquilo y oscuro, y nunca, ningún ser humano lograría explicarse por qué había querido tener un ojo azul. Su ojo derecho era negro y triste. Berenice daba las cartas con lentitud, mojando con la lengua su dedo pulgar cada vez que las cartas, húmedas de sudor, se pegaban. John Henry observaba una por una las cartas que ella repartía. Su torso desnudo era blanco, estaba húmedo, y de su cuello colgaba un pequeño asno de plomo atado con una cuerda. Era pariente consanguíneo de Frankie, su primo hermano y durante todo el verano comía y pasaba el día con ella o cenaba y se quedaba por la noche; nunca

conseguía deshacerse de él. Era pequeño para sus seis años, pero poseía las rodillas más grandes que Frankie había visto en su vida, y una de ellas siempre mostraba una costra o un vendaje por haberse caído y lastimado. John Henry tenía un rostro esmirriado y pálido, y usaba unas gafas diminutas con montura dorada. Observaba las cartas con atención porque se había endeudado: debía a Berenice más de cinco millones de dólares.

—Canto un corazón —dijo Berenice.

—Un pic —dijo Frankie.

—Yo quiero cantar pic —saltó John Henry—. Eso es lo que yo iba a cantar.

—Mala suerte. Yo he hablado primero.

—¡Oh, tonta! ¡Burra! —exclamó—. ¡No es justo!

—No os peleéis —dijo Berenice—. A decir verdad, no creo que ninguno de vosotros tenga un juego tan bueno como para discutir. Yo canto dos corazones.

—A mí me importa un rábano —dijo Frankie—. Me da igual.

Y era así, en efecto: era tarde jugaba al *bridge* como John Henry, tirando cualquier carta que le pasara por la cabeza. Estaban sentados en la cocina, y la cocina era una habitación triste y fea. John Henry había cubierto las paredes con extraños dibujos infantiles hasta donde su brazo podía alcanzar. Esto daba a la cocina un aspecto demencial, como si fuese una habitación de manicomio. Ahora la vieja cocina le producía náuseas a Frankie. Ella ignoraba qué le estaba sucediendo, pero sentía cómo su corazón estrujado latía contra el borde de la mesa.

—No cabe duda que el mundo es un lugar pequeño —dijo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que es vertiginoso —aclaró Frankie—. El mundo es sin duda un lugar vertiginoso.

—No sé —dijo Berenice—. A veces es vertiginoso y a veces lento.



Frankie tenía los ojos semicerrados y en sus oídos su propia voz sonaba rota y lejana.

—Para mí es vertiginoso.

Porque hasta el día anterior Frankie nunca había pensado seriamente en una boda. Sabía que Jarvis, su único hermano, se casaría. Se había comprometido con una chica de Winter Hill antes de marcharse a Alaska. Jarvis era cabo en el ejército y había estado sirviendo dos años en Alaska. Frankie no había visto a su hermano en muchísimo tiempo, y su rostro se había hecho borroso y cambiante como visto debajo del agua. ¡Pero, Alaska! Frankie soñaba con ella en todo momento, y especialmente este verano su sueño cobraba mucha realidad. Veía la nieve, el mar congelado y los glaciares. Los iglús de los esquimales, los osos polares, las bellas auroras boreales del norte. Cuando hacía poco que Jarvis se había marchado a Alaska, ella le envió una caja con bombones de chocolate hechos en casa; los empaquetó cuidadosamente, envolviendo cada trozo de dulce por separado en papel de cera. La emocionaba pensar que sus bombones de chocolate serían comidos en Alaska, y veía a su hermano compartiéndolos con esquimales cubiertos de pieles. Tres meses después recibió una carta de Jarvis en que le agradecía el envío, junto con un billete de cinco dólares. Durante un tiempo le envió golosinas casi todas las semanas; a veces bombones de pasta de leche en vez de chocolate, pero Jarvis no volvió a mandar dinero, excepto para Navidad. A veces, las breves cartas que este escribía a su padre la perturbaban un poco. Por ejemplo, ese verano contó que había ido a nadar y que los mosquitos eran muy feroces. Su sueño se tambaleó un poco a raíz de esta carta. Sin embargo, después de unos cuantos días de desconcierto volvió a sus mares helados y a la nieve. Cuando Jarvis regresó de Alaska, fue directamente a Winter Hill. La novia se llamaba Janice Evans, y los planes para la boda eran los siguientes: su hermano había enviado un telegrama diciendo que él y la novia vendrían ese viernes a pasar el día; luego,

el próximo domingo se celebraría la boda en Winter Hill. Frankie y su padre viajarían casi cien millas hasta Winter Hill, y Frankie ya había hecho la maleta. Esperaba con ansiedad la llegada de su hermano y la novia, aunque no podía imaginárselos, y no pensaba en la boda. El día antes de la visita se limitó a comentar con Berenice:

—Creo que es una extraña coincidencia que Jarvis tuviera que irse a Alaska y que la chica que ha elegido para casarse provenga de un lugar llamado Winter Hill<sup>[1]</sup>. Winter Hill —repitió lentamente con los ojos cerrados y ese nombre se fundió con los sueños de Alaska y de fría nieve—. Quisiera que mañana fuese domingo y no viernes. Quisiera haberme ido ya del pueblo.

—El domingo llegará —dijo Berenice.

—Lo dudo —dijo Frankie—. Hace tanto tiempo que estoy lista para partir. Me gustaría no tener que volver aquí después de la boda. Me gustaría irme para siempre a otro lugar. Quisiera tener cien dólares, esfumarme, y no volver a ver nunca más este pueblo.

—Me parece que deseas demasiadas cosas —dijo Berenice.

—Quisiera ser cualquier persona que no fuese yo.

La tarde de la víspera fue igual a todas las otras tardes de agosto. Frankie pasó el día en la cocina y al atardecer salió al patio. Detrás de la casa, el emparrado de bayas se veía sombrío y purpúreo en la penumbra. Caminó lentamente. John Henry West estaba sentado allí, en una silla de mimbre, con las piernas cruzadas y las manos en los bolsillos.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

—Estoy pensando.

—¿En qué?

Él no respondió.

Frankie había crecido demasiado aquel verano y ya no podía caminar bajo el emparrado como solía hacer antes. Otras personas de doce años aún podían pasearse debajo

de él, hacer representaciones y divertirse. Ese año tendría que contentarse con coger bayas desde el borde como los adultos. Observó la maraña de oscuras enredaderas y sintió el aroma de las bayas aplastadas y del polvo. Frankie tenía miedo de estar junto al emparrado mientras la noche se acercaba. No sabía qué era lo que la atemorizaba, sin embargo tenía miedo.

—Te propongo una cosa —dijo—. Por qué no cenas aquí y pasas la noche conmigo.

John Henry sacó su reloj de un dólar y lo miró como si dependiera de la hora la decisión de quedarse o no quedarse; pero estaba demasiado oscuro bajo el emparrado y no pudo leer los números.

—Vete a casa y díselo a tía Pet. Te esperaré en la cocina.

—De acuerdo.

Tenía miedo. El cielo vespertino se veía pálido y vacío, y la luz proveniente de la ventana de la cocina proyectaba un reflejo amarillo y rectangular en el patio en sombras. Recordó que cuando era pequeña creía que vivían tres fantasmas en la carbonera y que uno de ellos llevaba un anillo de plata.

Subió corriendo los peldaños posteriores y dijo:

—Acabo de invitar a John Henry a cenar y a dormir conmigo.

Berenice estaba amasando pasta para galletas y dejó caer la bola de masa sobre la mesa cubierta de harina.

—Creí que estabas harta de él.

—Estoy harta de él —dijo Frankie—. Pero me pareció que tenía miedo.

—¿Miedo de qué?

Frankie meneó la cabeza.

—Tal vez quise decir que se sentía solo —dijo finalmente.

—Bueno, le guardaré un poco de masa.

Viniendo del patio oscuro la cocina parecía cálida, luminosa, e inquietante. A Frankie le molestaban las paredes de

la cocina; sus insólitos dibujos de árboles de Navidad, aeroplanos, soldados y flores. John Henry había hecho los primeros dibujos en una interminable tarde de julio, y una vez estropeada la pared, continuó dibujando donde le vino en gana. Frankie también había dibujado. Al principio su padre montó en cólera; pero después les dejó realizar todos los dibujos que quisieron, porque iba a hacer pintar la cocina en otoño. Pero como el verano se prolongaba y parecía no terminar nunca, las paredes empezaron a molestar a Frankie. Aquella noche la cocina tenía un aspecto extraño y sentía miedo.

—Se me ocurrió que podía invitarlo —dijo parada en el umbral.

Cuando ya era de noche, John Henry entró por la puerta trasera con su pequeño bolso de los fines de semana. Vestía su traje blanco de gala y se había puesto zapatos y calcetines. Traía una daga metida en el cinturón. John Henry había visto la nieve. A pesar de tener solo seis años, había ido a Birmingham el último invierno, y allí vio la nieve. Frankie nunca la había visto.

—Yo llevaré tu bolso —dijo Frankie—. Puedes empezar a hacer una figura de masa.

—Muy bien.

John Henry no se puso a jugar con la masa; moldeaba su muñeco como si se tratara de algo muy serio. De vez en cuando se detenía, se acomodaba las gafas con su manita y analizaba los resultados de su trabajo. Era como un minúsculo relojero; acercó una silla y se arrodilló en ella para poder trabajar directamente sobre el material. Cuando Berenice le dio algunas pasas, no las colocó todas alrededor, como cualquier otro niño hubiera hecho: se limitó a usar solo dos para los ojos. Pero de inmediato advirtió que eran demasiado grandes; dividió una cuidadosamente e hizo los ojos; utilizó dos pepitas para la nariz, y la boca fue una pequeña pasa sonriente. Cuando acabó se limpió las manos en el fondillo de sus pantalones cortos; allí estaba el muñe-

co de masa, con sus dedos separados, con su sombrero y hasta con su bastón. John Henry había trabajado con tal ahínco que ahora la masa tenía un aspecto gris y húmedo. Sin embargo, era un muñeco de masa perfecto, y la verdad es que a Frankie le recordó al mismo John Henry.

—Ahora más vale que me ocupe de ti —dijo ella.

Cenaron con Berenice en la mesa de la cocina, pues su padre había llamado para avisar que trabajaría hasta tarde en su joyería. Cuando Berenice sacó del horno el muñeco de masa, vieron que tenía el aspecto que suelen tener todas las figuras que moldean los niños: se había hinchado de tal modo que el minucioso trabajo de John Henry había quedado desvirtuado. Los dedos se habían pegado y el bastón parecía una especie de rabo. Sin embargo, John Henry se limitó a observarlo detrás de sus gafas, lo limpió con la servilleta y untó de mantequilla el pie izquierdo.

Era una oscura y cálida noche de agosto. La radio del comedor transmitía una mezcla de varias emisoras: un comentario de guerra se superponía al parloteo de los avisos comerciales, y como fondo, se oía la música cursi de una orquesta dulzona. La radio había estado encendida todo el verano, y terminó por ser un ruido en el que, por regla general, no reparaban. A veces, cuando el sonido era tan fuerte que no podían oír sus propias voces, Frankie bajaba un poco el volumen. Cuando esto no sucedía, la música y las voces iban y venían, se entrelazaban y se enroscaban unas con otras, de tal manera que al llegar agosto ya no la escuchaban.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Frankie—. ¿Quieres que te lea a Hans Brinker o preferirías hacer alguna otra cosa?

—Prefiero hacer otra cosa —dijo él.

—¿Qué?

—Juguemos afuera.

—No tengo ganas —dijo Frankie.

—Esta noche saldrán a jugar muchos chicos.

—Tienes orejas —dijo Frankie—, y ya has oído lo que he dicho.

John Henry se quedó un rato de pie con sus grandes rodillas cruzadas y finalmente dijo:

—Creo que es mejor que me vaya a casa.

—¡Pero si no has pasado la noche aquí! No puedes comerme la cena y largarte.

—Ya lo sé —dijo él tranquilamente. Al mismo tiempo que la radio, se oían las voces de los chicos jugando en la oscuridad—. Vamos afuera, Frankie. Por lo que se ve están divirtiéndose de lo lindo.

—No, no lo están —dijo ella—. No son más que un montón de niños feos y tontos. No hacen más que correr y gritar, correr y gritar. Eso no tiene el menor interés. Subiremos y sacaremos tus cosas de la bolsa.

La habitación de Frankie era un altillo que se había añadido a la casa, al que se llegaba por una escalera que partía de la cocina. En la habitación había una cama de hierro, una cómoda y un escritorio. Frankie tenía un motor que podía encenderse y apagarse; servía para afilar cuchillos, y si uno tenía las uñas lo bastante largas, podía limárselas en él. La maleta llena y lista para el viaje a Winter Hill estaba apoyada en la pared. Sobre el escritorio había una máquina de escribir muy antigua; Frankie se sentó ante ella y trató de pensar en posibles cartas que escribir: pero no tenía a nadie a quien escribir; todas las cartas posibles ya habían sido contestadas; incluso varias veces. Por lo tanto, cubrió la máquina con un impermeable y la hizo a un lado.

—Francamente —dijo John Henry—; ¿no crees que es mejor que me vaya a casa?

—No —repuso ella sin volverse a mirarlo—. Siéntate en un rincón y juega con el motor.

Delante de Frankie había ahora dos objetos: una concha marina color lavanda y una bola de cristal con nieve adentro, que al ser agitada simulaba una tempestad. Cuando se aplicaba la concha a la oreja podía oír el cálido oleaje del

golfo de Méjico, o pensar en una isla lejana con verdes palmeras; y al acercar la bola con nieve a sus ojos entrecerrados, podía observar la caída de los copos blancos girando hasta cegarla. Soñaba con Alaska. Se veía caminando por una blanca y helada pendiente y contemplando a sus pies una vasta extensión nevada. Observaba los reflejos de colores que el sol arrancaba al hielo, oía voces de sueño, veía objetos de sueño. La blanca, suave y fría nieve se extendía sobre todo el paisaje.

—Mira —dijo John Henry que acechaba hacia afuera por la ventana—. Creo que esas chicas mayores están celebrando una fiesta en la sede de su club.

—Cállate —gritó súbitamente Frankie—. No me nombres a esas sinvergüenzas.

En el vecindario había un club, pero Frankie no perteneció a él. Los miembros del club eran chicas de trece, catorce y hasta de quince años. Los sábados por la noche organizaban fiestas con chicos. Frankie conocía a todos los socios del club, y hasta aquel verano había sido el miembro menor del grupo, pero ahora tenían ese club y ella no pertenecía a él. Le habían dicho que era demasiado joven y malvada. Los sábados por la noche oía aquella estruendosa música y veía la luz desde lejos. A veces, daba la vuelta por el callejón detrás del club y se escondía junto a un seto de madreSelva. Se quedaba en el callejón para observar y escuchar. Aquellas fiestas eran muy largas.

—Tal vez cambien de parecer y te inviten —dijo John Henry.

—Esas hijas de perra.

Frankie contuvo un sollozo inspirando con fuerza y se limpió la nariz con la parte interior del brazo. Se sentó al borde de la cama con los hombros caídos y los codos apoyados en las rodillas.

—Creo que han estado divulgando por todo el pueblo que huelo mal —dijo—. Cuando tuve esos forúnculos y debí aplicarme ese unguento negro y pestilente, la tonta He-